

La costumbre a la imprevisibilidad

**Azul D. Pousada*



Hace un par de años, durante una clase que, si no mal recuerdo, era de Economía y Finanzas, un profesor nos lanzó una pregunta al aire:

—¿Cuál creen ustedes que es el gran problema de Argentina?

Sin darnos tiempo a responder, continuó:

—**La imprevisibilidad.**

Esa breve intervención quedó dando vueltas en mi cabeza. No fue hasta hace unos minutos, hablando con una amiga que me decía estar desesperada porque no sabe si mañana, por el paro, va a tener clase, que se me ocurrió escribir algo sobre esto. Qué animal de costumbre es el argentino. No me resulta nada sorprendente que tengamos la capacidad de adaptarnos a cualquier entorno o situación si vivimos, día tras día, conviviendo con la incertidumbre de no saber qué va a pasar mañana.

En muchos lugares del mundo (sobre todo en aquellos más alejados de nuestro continente) es común pensar la vida como un plan relativamente previsible: crecer, estudiar, trabajar y, en el proceso, adquirir ciertos bienes. **Nosotros no corremos con ese mismo hábito.** Muchas veces, entre charlas íntimas, ironizábamos con mis amigas diciendo que nuestros títulos deberían tener mayor validez por el esfuerzo extra que implica llegar a la universidad. (Estudiamos en CABA, pero vivimos en el conurbano u otros lugares a más de treinta kilómetros del destino) En ese sentido, me parece justo ampliar la idea: dentro del caos cotidiano, quienes logran cumplir objetivos a mediano o largo plazo hacen un esfuerzo que no siempre se ve.

LA COSTUMBRE A LA IMPREVISIBILIDAD

¿Acaso valdrá más poder acceder a un auto en Argentina que en Estados Unidos, teniendo en cuenta todos los obstáculos que aparecen en el camino y que jamás figuran en los planes para conseguirlo? **Porque acá no es únicamente trabajar, ahorrar y comprarlo.** Es correr contra la suba del dólar. Es no saber si al día siguiente vas a seguir teniendo trabajo. Es rezar para que tus gastos fijos se mantengan más o menos estables y te permitan seguir destinando esos ahorros a aquello que querés alcanzar.

La tan repetida frase “*todos tenemos las mismas 24 horas*” **también se vuelve problemática cuando se la piensa desde la realidad del ciudadano argentino.** No todos, incluso con voluntad de por medio, tenemos las mismas posibilidades. Y con esto no pretendo iluminar a nadie: es una conclusión bastante evidente cuando uno empieza a mirar la vida con un poco más de realidad. Este escenario, que por momentos parece sacado de una película de terror, empeora cuando la dirigencia política (que se supone debería velar por los intereses de toda la ciudadanía y no únicamente por los de sus votantes más fieles) ni siquiera parece estar cerca de ocuparse de este problema.

El objetivo parece ser otro: mostrar la mayor cantidad posible de datos sobre lo mala que es la oposición, destacar lo bien que se hace el trabajo al reducir el gasto público y tranquilizarnos con la promesa de que, gracias a Dios, **en unos cincuenta años** podríamos llegar a parecernos a Suiza.

¿No se habrán confundido con Haití?

Tal vez el problema más profundo no sea únicamente la imprevisibilidad en sí misma, sino **la naturalidad con la que aprendimos a convivir con ella.** Nos acostumbramos a que las reglas cambian todo el tiempo, a que los planes se caen de un día para el otro, a que proyectar demasiado lejos en el tiempo parece casi un acto de ingenuidad. Y cuando una sociedad empieza a acostumbrarse a vivir así, lo verdaderamente peligroso no es el caos, sino la resignación. Porque el argentino, paradójicamente, es capaz de hacer enormes sacrificios para sostener un proyecto personal: estudiar durante años, trabajar en condiciones inciertas, ahorrar aún cuando la economía parece diseñada para que eso sea imposible. **Hay una voluntad enorme de salir adelante.** Lo que falta, muchas veces, es un entorno que no juegue permanentemente en contra.



LA COSTUMBRE A LA IMPREVISIBILIDAD

Quizás la verdadera pregunta que deberíamos empezar a hacernos no sea únicamente por qué vivimos en un país imprevisible, sino hasta qué punto estamos dispuestos a seguir aceptándolo como si fuera inevitable. Porque adaptarse es una virtud, pero cuando la adaptación se vuelve permanente, corre el riesgo de transformarse en conformismo.

Y tal vez, en algún momento, la discusión tenga que dejar de ser sobre quién tiene la culpa del desastre de hoy y empezar a ser sobre qué tipo de país queremos. **Uno donde cada generación vuelva a empezar de cero, o uno donde, por primera vez en mucho tiempo, planear el futuro no parezca un lujo, sino algo cotidiano.**

